

TRAÉ ALFAJORES

EPISODIO 99: El Frío

Hola muy buenas, acá Matías. Bienvenidos a Traé Alfajores — Argentina para no argentinos. En cada episodio nos metemos en temas que nos definen y representan como país, para descubrir qué hay realmente detrás de la palabra “Argentina”.

Pueden encontrar la transcripción gratuita de todos los episodios y también información sobre clases y otros recursos en www.ventureoutspanish.com

Empezamos.

Episodio 99 de Traé Alfajores. Llegó el frío a la Argentina, así que, merecidamente, vamos a dedicarle este episodio. ¿Cuánto frío hace realmente en este hermoso país en el sur del sur que rompe el estereotipo de Latinoamérica como tierra de sol y playas? ¿Cuál es la relación de los argentinos con el frío? De eso y de otras cosas que vamos a ir encontrando en el camino vamos a hablar hoy.

Hace algunos días, un estudiante estadounidense que vivió en Seattle y ahora vive en Buenos Aires me hizo un comentario que me causó mucha gracia. Me dijo: “Los porteños piensan que viven en Siberia”. Y entiendo perfectamente a qué se refiere. 0 grados para los porteños es el fin del mundo.

Hay un término que nos hace paniquear como nada: el anuncio de una ola polar. Cuando escuchamos que está entrando un frente frío desde el sur, desesperamos. De hecho, estoy grabando este episodio en el medio de una de esas olas polares.

Creo que una foto de casi cualquier parte de Argentina en invierno resume en una imagen la caída del mito latino. Somos parte de Latinoamérica; sin embargo, todos los años tenemos tres meses, por lo menos, de mucho frío. Meses de estufa y de mucho abrigo: campera, guantes, gorro de lana. Pero no tenemos la “tecnología”, digamos, que tienen en lugares donde el frío también es una presencia garantizada. Entonces, eso nos hace sentir que siempre perdemos la batalla contra el frío.

Antes de seguir, hagamos una excepción: el noreste argentino tiene un clima mucho más cercano al ideario brasilero que a lo que vamos a describir acá. El noreste incluye a las provincias Misiones, a Corrientes, a Chaco y a Formosa, principalmente.

Para empezar a poner números: en Buenos Aires, el invierno tiene máximas que andan por los 12 o 13 grados y mínimas que a veces tocan el cero, pero por lo general están coqueteando cerca del cero. No es nada del otro mundo, pero tenemos que decir que la sensación térmica muchas veces es peor de lo que dice el termómetro. Porque la humedad es alta y el viento.

La sensación térmica es una gran protagonista de nuestros pronósticos del clima. Siempre hay una diferencia de varios grados Celsius entre temperatura y sensación térmica, que para mí es casi como una inflación oculta.

Si hacemos un poco de Google, el récord histórico de frío en Buenos Aires fue menos 5,4 grados, en 1918.

Y si hablamos de frío, tenemos que hablar de nuestras casas, porque nuestras casas en invierno son iglúes. La construcción típica argentina no está pensada para retener calor. Las paredes son de ladrillo, no tienen aislación, las ventanas son de vidrio simple, las puertas

son solo puertas. El resultado es que podés tener la estufa prendida y seguir sintiendo frío en los pies.

“El 90% de las viviendas argentinas son un colapso energético disfrazado de normalidad”, dijo alguien en un artículo que leí esta semana. Exagerado, quizás, pero cierto.

Si hablamos de formas de mantener la casa calentita, en la ciudad de Buenos Aires y en el Gran Buenos Aires creo que la forma de calefacción principal es por gas de red, que es relativamente barato, pero fuera de las grandes ciudades no es tan fácil tener acceso a la red de gas.

Nosotros ahora, en mi casa, tenemos una estufa a leña que cambió totalmente la realidad dentro de la casa. Y lo que me llama la atención es que parece una solución de otro siglo, pero funciona mejor que cualquier estufa a gas que haya tenido antes.

Y después hay un aparatito muy popular y querido en casi todas las casas que se llama caloventor, al que le tenemos una fe bárbara, completamente desproporcionada con lo que realmente hace. El caloventor calienta el metro cuadrado donde estás parado, y el resto de la habitación ni se entera, sigue igual. Pero ahí está, en dormitorios, en la mayoría de los baños, fiel a su dueño.

Ahora bien, los que conocen Argentina seguramente están pensando: “¿Qué onda vivir en Patagonia entonces?”.

Y es una buena pregunta. Porque lo que describí hasta ahora aplica al centro del país. Pero Argentina es un país larguísimo, y cuando empezás a bajar hacia el sur, la cosa cambia de escala.

En los rankings de frío invernal, ciudades patagónicas como Esquel, Bariloche, Neuquén, Comodoro Rivadavia aparecen sistemáticamente con temperaturas mínimas que dan un poco más de miedo y que habitualmente están bajo cero.

No tanto Ushuaia, que, a pesar de ser la ciudad más austral del mundo, tiene el océano como regulador y no alcanza o no suele alcanzar esos extremos. Lo que sí es notable en Ushuaia y en el sur —cuanto más al sur, más— es las pocas horas de luz que hay en invierno.

Pese a todo esto que podemos imaginar y que sabemos de la Patagonia, el récord absoluto de Argentina se registró en 1972 en San Juan, en la zona de cordillera: hizo 39 grados bajo cero, una marca que se convirtió en la temperatura mínima de toda América Latina y sigue sin superarse.

En esas zonas, las casas sí están mejor preparadas. Hay doble vidrio, hay aislación, hay sistemas de calefacción más serios. La gente que vive en la Patagonia no se sorprende cuando empieza a nevar, porque saben que ese es el trato.

Y ahí llegamos a algo que mencioné en el episodio 47, cuando hablamos de la nieve. Para los argentinos, el frío y la nieve son dos cosas distintas. El frío sin nieve decepciona un poco. Es como cuando te anuncian tormenta y la tormenta nunca llega.

El frío solo, gris, húmedo, es incómodo, pero no tiene magia. La nieve, en cambio, transforma todo. Un jardín con nieve, una sierra nevada, Bariloche cubierta de blanco: eso sí es otra cosa y tiene otro valor.

Por eso, cuando en alguna ciudad del centro nieva, aunque sea un poco, aunque sea nieve mezclada con lluvia —aguanieve—, la gente sale a la calle a sacarse fotos. Porque es un

evento, porque no pasa seguido y porque el frío que vale la pena es ese, el que también trae la nieve.

Eso dice bastante de cómo nos relacionamos con el frío. No es que no nos guste, es que lo queremos completo y, si no, no termina de convencernos.

Y tal vez eso explica también por qué somos tan malos preparando las casas para el invierno. En el fondo, el frío lo vivimos como algo temporal, como algo que hay que aguantar hasta que pase y no como algo para lo que hay que prepararse en serio.

Lo que sí está cambiando, de a poco, es la mentalidad alrededor de aislar bien la casa y tener formas de calefacción más eficientes, por todo esto obviamente tiene un impacto en las facturas de los servicios. Pero creo que es un cambio lento y, por ahora, seguimos perdiendo esa batalla.

Para cerrar este episodio, los invito a calificar el podcast y suscribirse si todavía no están suscriptos.

Nos encontramos en el próximo episodio, episodio 100 de Traé Alfajores.

Nos vemos la próxima. Gracias por escuchar este episodio.

Un abrazo.